

Sauce Llorón





Había un hermoso sauce llorón en un jardín. Sus largas ramas caídas eran de un tono verde claro, y se mecían armoniosamente con la brisa. Todos disfrutaban mirándolo; es decir, todos, a excepción del árbol mismo.

—Si tan solo fuera más alto —se lamentaba el sauce llorón—. ¡Y si mis ramas pudieran apuntar hacia el cielo en vez de caer hacia la tierra! ¡Y si pudiera dar fruto! No sirvo para nada. Este sauce estaba cerca de un arroyo cristalino. Éste parecía cantar debido a sus aguas

que corrían sobre las piedritas que había en su lecho, y alegremente regaba las sedientas florecillas de las orillas. Pero el sauce llorón solía quejarse de este ruidoso arroyo.

Un pastorcito solía refrescarse bajo la sombra de las ramas del sauce mientras su rebaño pastaba en el prado y bebía de aquel arroyo. El pastor notó la tristeza del árbol y trató de alegrarlo con la música de su flautín.

Pero nada funcionaba. El sauce llorón se sentía cada vez peor. Sus ramas caían cada vez más hacia el suelo. Finalmente, el pastorcito se rindió. No había forma de alegrar al sauce puesto que se negaba a pensar en otra cosa que no fuera su miserable estado.

El pastorcito dejó de visitar tan seguido al árbol, hasta que finalmente dejó de ir.

Entonces, la gente comenzó a llamar a este árbol «Llorón», ya que estaba siempre deprimido e infeliz. Y Llorón se empezó a sentir cada vez peor debido a la soledad. ¡Si tan solo pudiera volver a ver a aquel pastorcito! Ahora la vida sí que era triste de verdad.

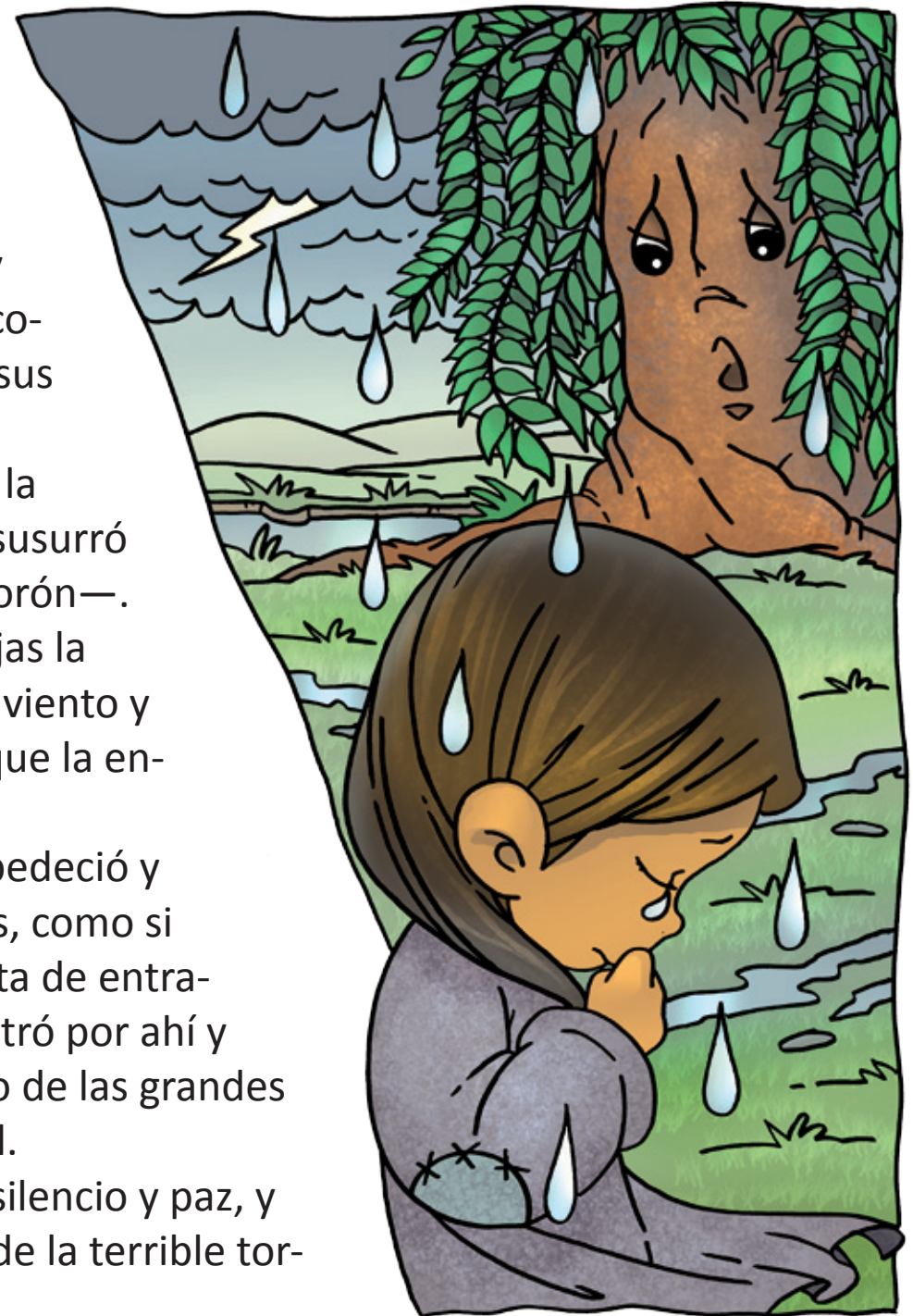
Pero un día sucedió algo que cambió la manera de pensar de Llorón. Una fuerte tormenta caía sobre las colinas y valle cercanos a donde estaba Llorón. El viento soplaba con furia mientras diluviaba. En medio de la tormenta, Llorón notó que había una niña que caminaba a los tropezones debido a la lluvia. Podía escucharla llorar mientras trataba de andar en medio de la tormenta.

—¡Debe estar perdida! —pensó Llorón—. Me gustaría ayudarla, ¿pero cómo lo puedo hacer? Querido Dios, muéstrame una manera en que pueda servirle de ayuda a esta niña.

La niña logró acercarse hacia el sauce llorón y —temblorosa y asustada— se cobijó debajo de sus ramas caídas. —Protégela de la tormenta —le susurró Dios al sauce llorón—. Tus ramas y hojas la protegerán del viento y la lluvia hasta que la encuentren.

El árbol obedeció y abrió sus ramas, como si fuera una puerta de entrada. La niña entró por ahí y se sentó debajo de las grandes ramas del árbol.

Allí había silencio y paz, y estaba a salvo de la terrible tormenta.





El sauce dejó caer las hojas más tiernas para que la niña se recostara allí, y la miró acomodarse para dormir sobre ellas. Ya cubierta con ternura por las ramas y hojas de Llorón, se quedó dormida, mientras la tormenta continuaba.

El sauce llorón estaba de lo más feliz. ¡Ahora sí servía para algo! Había resguardado a una niña de la tormenta y además la había alegrado. ¡La vida parecía maravillosa! Hasta el fuerte ventarrón ahora le parecía que entonaba una melodía entre sus ramas y hojas.

A la mañana siguiente, la tormenta había cesado. El árbol sonreía al ver a la niña despertar. Ella bostezó, se frotó los ojos y le sonrió al sauce llorón.

El sauce de pronto vio al pastorcito que solía sentarse bajo sus ramas, que venía corriendo hacia ellos. Parecía que buscaba algo.

—¿O a alguien? —se preguntó Llorón.

El sauce llorón abrió sus ramas y la niña salió corriendo hacia los brazos de su hermano. Ambos abrazaron al sauce llorón con fuerza y besaban su corteza.

—Gracias —dijo la niña con dulzura—. Me protegiste de la tormenta.

¡Qué bien se sentía el sauce llorón ahora! Dios había escuchado su oración para dar ayuda a la niñita perdida, y gracias a eso había descubierto otro secreto. Se olvidó de su

tristeza mientras ayudaba a alguien desamparado.

El tibio sol brillaba y sus rayos atravesaban las gotas que todavía pendían de las ramas del sauce llorón. El arroyo salpicaba juguetonamente sus raíces mientras entonaba su alegre canción. El sauce llorón observaba a los dos niños que se alejaban. Sonreía lleno de gozo. ¡Ahora la vida era maravillosa para él!

Moraleja: La manera de ser feliz es hacer felices a otros. Si estás descontento con la manera en que te hice, trata de acercarte a otros y ayudarlos, y verás que Mi gozo te llenará el alma.

—Jesus



Den gracias en todo. (1 Tesalonicenses 5:18, RVC)

Texto: Natacha Delacour. Ilustraciones: Philippe Etienne Morel y Danielle Adair.

Diseño: Christia Copeland. Traducción: Adriana Vera y Antonia López.

Publicado en Rincón de las maravillas.

© Aurora Producciones AG, 2009. Utilizado con permiso.